

Reflexiones sobre Rusia

José María Vegas

Comunidad Claretiana de San Petersburgo (Rusia)

La nuestra es una misión peculiar. No estamos ni en la selva, ni tampoco en la taiga siberiana, que parecen cuadrar más con lo que la imaginación se representa cuando se habla de «las misiones». Vivimos en una gran ciudad (5 millones de habitantes), preciosa, llena de arte, de canales y de lugares estupendos. Nuestro trabajo es de momento la enseñanza. Sin embargo, nos encontramos en medio de una sociedad que necesita urgentemente una «buena noticia». La crisis rusa no es sólo económica, con ser ésta enorme. Es, sobre todo, una crisis de identidad. Es cierto que esa crisis de identidad es algo crónico en la sociedad y en la cultura rusas. No en vano, como España, es un extremo de Europa, y esto supone una relación ambivalente con el viejo continente. Rusia siempre se ha debatido entre la eurofilia y la eurofobia, sin saber muy bien si son parte de Europa o son una realidad aparte.

Esta crisis también se ha dado secularmente en España («Spain is different»). Baste recordar la vieja polémica (de gran altura, por otro lado) entre Ortega, el europeísta convencido, y Unamuno, siempre rompedor, que proponía desde hispanizar Europa, hasta africanizar

zar España. Tal vez por esta sintonía de ser los dos límites de Europa y de mantener una tensión pro/contra con ella dijo Berdiaev que el pueblo español era el más afín de los europeos a su patria rusa. España forjó su historia como nación en la lucha contra el Islam; Rusia también ha definido su personalidad histórica en buena medida en su lucha contra lo que ellos llaman la «horda tártaromongólica».

No obstante, pese a estas afinidades, España es un país más pequeño, en el que el aislamiento es casi imposible y donde los sueños de gran potencia se enterraron hace ya mucho tiempo. Por eso, la vieja polémica Ortega-Unamuno ha perdido mucho de su vigencia, y España es ya, para bien y para mal, parte de Europa. Rusia, en cambio, es un país enorme, que hasta antaño ha dominado medio mundo. Por eso su actual crisis es mucho más fuerte. El comunismo arrasó un elemento fundamental de Rusia, la ortodoxia, que, también para bien y para mal, ha conformado mucho del alma de este pueblo. A cambio le otorgó la «conciencia soviética», la idea de ser el país llamado a guiar la revolución mundial en su camino inexorable hacia el socialismo,

la justicia y la paz mundial, frente al desalmado imperialismo capitalista. Un inmenso aparato propagandístico, muchos mitos y el casi total aislamiento de la inmensa mayoría del pueblo ruso del mundo exterior, hicieron que esta identidad soviética calara no poco en la conciencia de estas gentes.

Ahora Rusia, al tiempo que se libera de un totalitarismo casi insoportable y en el que ya pocos creían, se despierta del sueño y descubre que el comunismo no constituye un destino histórico escrito en las leyes dialécticas de la materia; que el sistema llamado a triunfar en todo el mundo hacía aguas por todos lados¹ y que los millones de víctimas que ha producido para conseguir el paraíso en la tierra han sido en vano. Descubren también, poco a poco, muy poco a poco, la grandeza de la libertad, pero también su alto precio, que se traduce en inseguridad e incerteza, pues el Estado, que era paraguas y bastón, ya no amenaza, pero tampoco cubre, y la libertad importada de occidente es, demasiado en primer lugar, libertad de mercado.

Los rusos, acostumbrados a aguantar con paciencia, viven esta situación con resignación. Pocos quieren volver atrás, a un pasado

inmediato al que miran sin ira y sin añoranza. Pero el futuro, de momento, no les ofrece demasiadas perspectivas. Y así viven de momento, atrapados en el presente de la supervivencia cotidiana, con un alto nivel de indiferencia hacia los avatares de la alta política, en la que siempre estuvo prohibido meterse y en la que pocos creen.

Por otro lado, **la Iglesia ortodoxa** apenas puede cubrir el hueco dejado por el comunismo. La iglesia ortodoxa siempre ha estado al amparo del poder: con los zares bendiciendo, con los comunistas aguantando (y apoyando, en ocasiones hasta límites insospechados, KGB incluida), ahora exigiendo recuperar su antiguo protagonismo. Pero esto último sencillamente es imposible. El ateísmo de Estado ha hecho estragos. Apenas un uno por ciento de los rusos visita la Iglesia en los días de las grandes fiestas (Navidad y Pascua). El indiferentismo es pavoroso. Los bautismos en masa de los tiempos de la perestroika y tras la caída del muro apenas son indicativos, puesto que la única condición para recibir el bautismo es pagar una tasa: no hay preparación ni catequesis. Y, dado el alto grado de superstición que existe aquí, el bautismo es para muchos una especie de talismán para evitar enfermedades y desgracias.

Hoy por hoy la ortodoxia, recluida en sus templos y sus liturgias, pero sin presencia social significativa, sin labor catequética ni social, padeciendo todos los síntomas de la misma crisis rusa, no puede aportar apenas espíritu regenerador, no puede colmar el vacío del anterior comunismo. Confiamos en que el Espíritu Santo que la alienta se acabe manifestando, pero hoy por hoy las esperanzas que suscita son muy escasas.

La crisis de identidad es además una **crisis moral**. Mucho de ella proviene de atrás: no sólo del comunismo, sino también del zaris-

mo que propició el advenimiento de aquél. Lo propició por su torpe y sanguinaria autocracia, por su nulo sentido de la justicia social y por el espíritu colectivo que propició siempre (aquí, de nuevo, apoyado por la ortodoxia): el sujeto de la historia, de los derechos y de la salvación es siempre el «pueblo», la colectividad. El colectivismo comunista encontró en Rusia terreno abonado. Las causas de su triunfo fueron más psicológicas y espirituales que económicas. Pese a que hoy las libertades individuales están en lo fundamental garantizadas en Rusia, al menos sobre el papel, ese espíritu colectivista sigue muy presente, pues estos rasgos no se borran en cinco o diez años.

La verdad es que tampoco es deseable que desaparezcan por completo, pues el individualismo no es la alternativa. Ese espíritu colectivo tiene dimensiones positivas, que pueden además ayudar no poco a sanar el individualismo occidental: el sentido de lo común, de la ayuda mutua, de la mutua pertenencia. Pero, creo, deben matizarse y enriquecerse con el sentido de la persona, de su dignidad y de sus derechos, que no son delegables. Sin esta corrección el colectivismo despersonaliza y ahonda esa crisis moral de la que hablaba antes, y que se manifiesta en el alcoholismo, en la indolencia, en el estado lamentable en que se encuentra la familia, con su escuela de niños abandonados o huídos de casa, y con un índice de abortos que pone los pelos de punta (el aborto fue, y en parte sigue siendo, casi el único método de control de natalidad existente en Rusia, con todo lo que ello supone, si se tiene en cuenta el escaso poder adquisitivo -antes y ahora- de las familias rusas y los pisos mínimos en los que se hacían las familias).

El caso es que en la misma **cultura rusa** existen posibilidades y

recursos para esa sanación: la literatura y el arte, para los que los rusos son extraordinariamente sensibles (los cines están vacíos y son carísimos, el teatro, la ópera y el ballet están siempre hasta arriba de público, y además tienen precios asequibles), como también la filosofía están llenos de motivos esperanzadores. La filosofía, en concreto, con figuras como Soloviev, Berdiaev, Losski, etc., nació en Rusia poco antes de la revolución (su padre es precisamente Soloviev), pero con un grado de madurez extraordinaria, en el que el sentido de la persona, desde esa vertiente tan ortodoxa que recoge lo comunitario, es una de sus líneas de fuerza. La revolución de octubre, en realidad un vulgar golpe de estado que abortó la verdadera revolución, que tuvo lugar en febrero del 17, dio al traste con un futuro prometedor de la cultura y la filosofía rusas y que ahora procede recuperar y seguir desarrollando.

Por fin está la **crisis económica**. Marx sostenía que la religión era el epifenómeno último de la alienación. Creo que se equivocó de plano. La revolución triunfó en Rusia por causas psicológicas y espirituales, he dicho antes, y afirmo ahora que la actual crisis económica, muy dura, es el fruto y el rostro último de las anteriores crisis, de identidad, espiritual y moral.

Así pues, **es urgente aquí**, en esta misión atípica, **anunciar una buena noticia**, que recuerde que en la vida humana hay dimensiones y posibilidades superiores que la enriquecen y ennoblecen, porque el hombre no es un átomo de la sociedad ni un juguete del destino, sino un ser dotado de una dignidad inalienable que le asemeja al mismo Dios, de quien precisamente ha recibido esa dignidad. Es importante recordar aquí que la grandeza del hombre y de los pueblos no consiste en su riqueza, su poder o su fuerza militar, no depende en que se sea o no una

gran potencia, sino que reside en la fidelidad a valores que valen más que la vida, y que sólo cultivándolos en esta vida, luchando por dignificarla en todas sus dimensiones, incluida la económica, es posible trascenderse y abrir horizontes en la historia y más allá de ella.

La aportación de la Iglesia católica en Rusia debe entenderse en esta perspectiva. No se trata sólo de atender a los pocos católicos dispersos en este inmenso territorio, aunque ese sea el punto de partida; ni tampoco de «competir» con la ortodoxia, lo que sería absurdo y antiecuménico. Se trata de, desde la presencia minoritaria en este pueblo, subrayar los aspectos humanizadores y esperanzadores del mensaje cristiano, en diálogo con la cultura y la sensibilidad rusas que, por lo demás, siendo riquísimas, tienen mucho que aportarnos a nosotros mismos. En este sentido, es importante que el catolicismo, asumiendo su papel de minoría, no sea un agente de «occidentalización» sin más. Evangelizar no puede ser importar modelos extraños, sino ayudar a desarrollar los propios valores, el propio ser, purificando lo que en ellos se oponga al sentido verdadero de la persona. Por ello, es preciso tener muy en cuenta que aquí ha existido una tradición cristiana milenaria, con la que no hay que competir, sino a la que hay que apoyar y promocionar, valorando sus incuestionables tesoros, ayudándole a ser fiel a sí misma y al pueblo al que debe servir, enseñándole incluso, por qué no, que el maridaje con el poder es una ventaja que se acaba convirtiendo en un lastre y en un impedimento para realizar la propia misión. Al mismo tiempo, el sentido de la

verdadera libertad y el hecho real de que aquí hay una importante minoría católica, cuya presencia en Rusia data del siglo XII ininterrumpidamente hasta nuestros días, es una oportunidad histórica para que el mismo catolicismo, tratando de realizar su propia aportación, se enriquezca también de los valores rusos, que sobreviven, pese a todo, bajo los escombros de la crisis.

¿Cuál es el **papel del mundo occidental** en toda esa situación de crisis? No es fácil valorar su papel en toda esta situación. Las ayudas a Rusia se están dando con cuentagotas, exigiendo, como siempre, ajustes durísimos que recaen finalmente en la gente de la calle, además de otras condiciones poco menos que inaceptables, como por ejemplo que las ayudas no se inviertan en educación. Además, Rusia es un país demasiado grande: no es Polonia o Chequia, y por ello es más difícil de ayudar. En parte porque la conciencia y la reivindicación de seguir siendo una gran potencia es un orgullo que dificulta desde la misma Rusia la recepción de las ayudas. También, en buena parte, porque Rusia es a los ojos de Occidente un perenne y potencial peligro: según derive la crisis, puede volver a cerrarse sobre sí y a adoptar actitudes amenazantes; o, si consigue salir adelante, manteniendo y fortaleciendo su democracia, dado su enorme potencial, podría convertirse en un competidor demasiado temible en lo económico.

Sin embargo, es urgente que las ayudas sean generosas y no egoístas; que le permitan a Rusia ser sí misma estando al tiempo abierta a la cooperación y al intercambio. Sólo así se pueden exorcizar los

peligros que tanto se temen en Occidente. El peligro viene del aislamiento, que propicia la postulación de un gigante herido en su orgullo. Establecer vínculos comerciales, culturales, políticos fuertes es la mejor garantía para garantizar la estabilidad interna y externa. En este sentido, visto desde aquí, mi juicio sobre la Comunidad Europea, en cuanto estructura política y económica, pese a todas las reservas, no es del todo negativo: hoy en Europa es prácticamente imposible el peligro de una guerra entre Francia, Alemania, Inglaterra. Algo así habría que ensayar, tal vez de otra manera, con Rusia. Superando la crisis interna y dejadas atrás las tensiones externas, se puede pensar en comenzar a resolver desde la cooperación los enormes problemas (la pobreza y la marginación del Tercer Mundo, la supervivencia de regímenes tiránicos en muchas partes, el desequilibrio ecológico, etc.) que el mundo sigue teniendo y que sólo aunando esfuerzos es posible abordar con garantías de éxito. De este esfuerzo Rusia, un país enorme y fundamental en el concierto internacional, no puede y no debe quedar excluida.

Nota

1. La actual crisis económica, aunque no todos lo reconocen, es consecuencia entre otras cosas de la bancarrota del anterior sistema. Además, ha agudizado la crisis la ruptura de las viejas relaciones de producción del bloque del Este, organizado para favorecer la interdependencia y que ha desaparecido con la caída del Muro, y, por otro lado, la apertura de los mercados a los productos occidentales, con los que los propios productos apenas pueden competir.